

Cómo contar la historia

por Seve Calleja*

Para explicar Historia en las aulas se siguen utilizando manuales que ponen el acento en los datos, en unos pocos personajes, en la correlación de guerras y tratados, y se olvidan de contar lo que sintieron, vivieron, pensaron y soñaron los miles, millones de individuos anónimos que también protagonizaron la vida en cada época. Sin embargo, esta «gran Historia», con toda su complejidad, llega poco a los alumnos, que entienden más las cosas a través de las «pequeñas historias», de las anécdotas y las emociones. Y, justamente, la novela histórica, ya sea juvenil o para adultos, sirve muy bien a este propósito de acercarnos al pasado a través de las emociones y los sentimientos.



M.H. SQUIRE Y E. MARS, LAS AVENTURAS DE ULISES, ALBA, 2001.

El mejor modo de contar la *Historia* a los más pequeños es hacerlo con *pequeñas historias*. Claro que una respuesta así conviene matizarla, empezando por explicar someramente ambas palabras: *Historia* y *pequeñas historias*.

Resumiendo, se podría decir que la Historia es la ubicación de sucesos en el espacio y en el tiempo, conceptos ambos que escapan, por lo general, a la percepción de los más jóvenes. Y, además de situar los acontecimientos en el tiempo, han de interpretarse y seleccionarse. De ahí que, como explicara el historiógrafo francés Fernand Braudel (*La Historia y las Ciencias Sociales*, Alianza, 1980), la historia es básicamente crítica, pero también es reconstrucción, puesto que los hechos históricos son fugaces, móviles, mezclados y complejos y, en buena medida, inabarcables. Ante eso, la tentación en la que se cae al historiarlos es reducir lo múltiple a simple, unas veces al decorado y otras a la erudición —y eso cuando no se cae en el mito, algo tan alejado de las verdades históricas—. De ese modo, los fragmentos de paisaje histórico que cada ciencia social recorta (la economía, la demografía, la antropología...) resultan a menudo difíciles de acoplar unos con otros en el rompecabezas de la Historia, sobre todo a los ojos de los más jóvenes.

¿Datos o emociones?

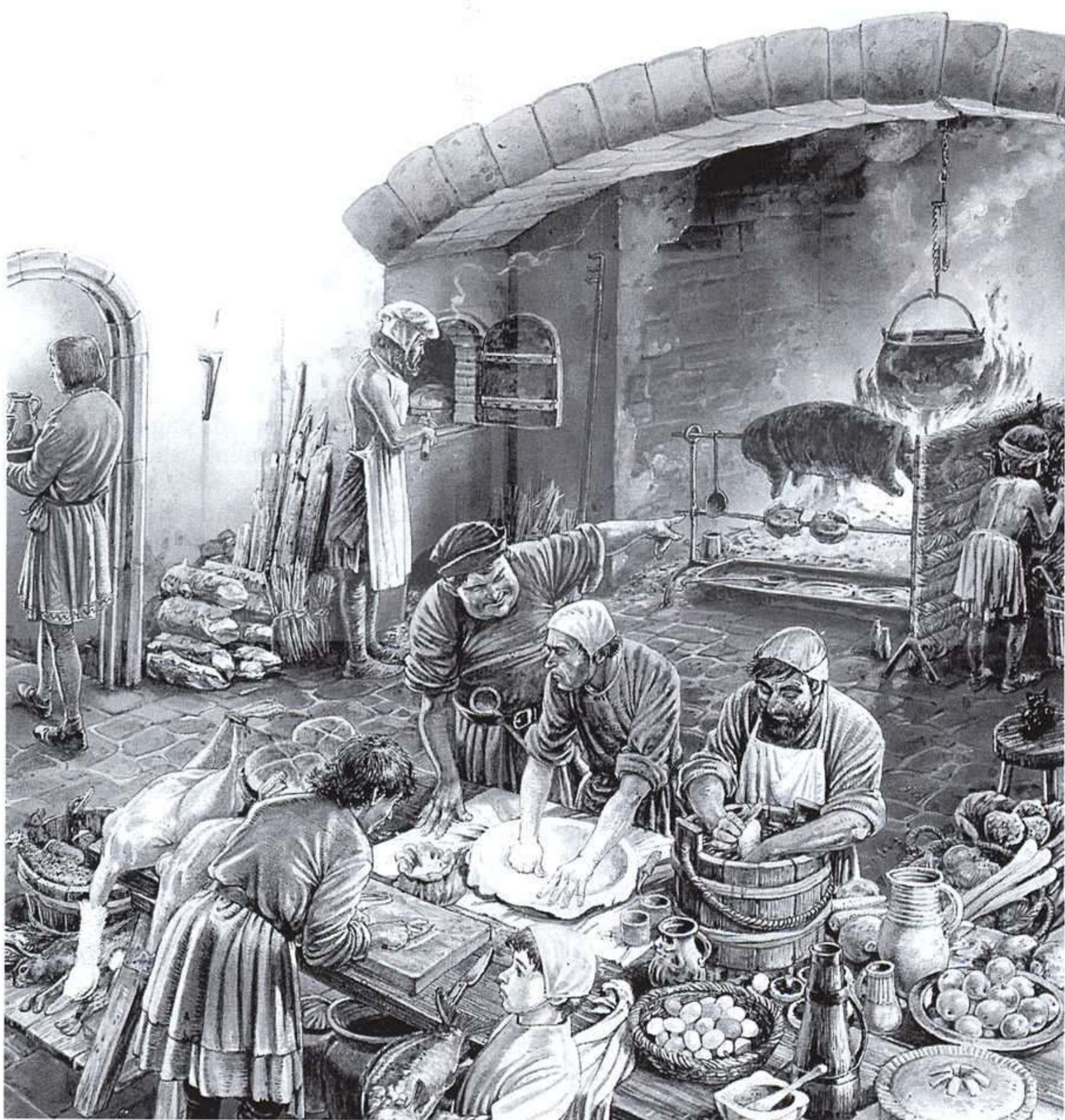
Pero al margen de los problemas de la historiografía, y centrándonos en la manera en que se suele explicar la Historia en las aulas, se puede apreciar que los manuales siguen abundando en el historicismo, es decir, en la acumulación de datos, nombres y acontecimientos de relumbré —¿no es un error construirla en torno a unos pocos protagonistas, mientras hay miles de individuos que sienten, piensan, sueñan, comen o se divierten, cuando son ellos precisamente quienes reproducen y transmiten el pensamiento de su época?, ¿por qué la historia del zar y no la de su correo Miguel Strogoff?—.

Además, esos manuales suelen ofrecer al escolar una visión negativa y catastrofista (guerras, conflictos, crisis...) y frecuentemente incompleta, pues, aun-

que es difícil ocultar o disfrazar los datos, éstos, a veces, no se muestran en toda su extensión. Y aunque podamos creer que la Historia no engaña, que los hechos son tozudos (nadie puede obviar el nazismo y sus secuelas o cualquier otro totalitarismo), en algunas ocasiones se intentan ignorar.

Para acceder a esa gran Historia tan compleja de los programas escolares parece el camino más apropiado, a decir de los profesores, el de las anécdotas y las emociones: no las de Agamenón, sino las de su porquero —por aludir a una referencia del *Juan de Mairena* machadiano—, o a las del correo del zar que antes citábamos. Algo que viene a coincidir con el concepto unamuniano de la intrahistoria y que aparece en especial remarcado en la literatura y en el cine de trasfondo histórico. A esas peque-

ñas historias nos referíamos antes. Por ejemplo, *La lengua de las mariposas*, película basada en un breve relato de Manuel Rivas, o *Silencio en el corazón*, de Jaime Cela, obras ambas con el trasfondo de la Guerra Civil; *Paseo por el amor y la muerte*, de John Huston, con el de la Guerra de los 100 años; *El diario de Ana Frank* o el de la joven bosnia Zlata, con el de las persecuciones nazi y serbia, respectivamente, pueden servir de paradigma de una manera de contar la historia en la que los hechos del vivir cotidiano, los miedos, la rutina y los anhelos de sus protagonistas afloran como brotes en el inmenso e inabarcable prado histórico vallado de fechas, localiza-



EL FASCINANTE MUNDO DE LOS CASTILLOS, EDICIONES B, 1996.



EL FASCINANTE MUNDO DE LOS CASTILLOS, EDICIONES B, 1996.

EL FASCINANTE MUNDO DEL SALVAJE OESTE, EDICIONES B, 1998.

ciones geográficas, tratados internacionales y complejas interpretaciones interesadas.

Esta visión de la historia o de la sociedad humana que la protagoniza no es nueva. Estaba en *Guerra y Paz*, de Tolstoi, o en *Paz en la guerra*, de Unamuno; y Bertolt Brecht lo había ya expresado magistralmente en su poema *Preguntas de un obrero ante un libro*, aquel que comenzaba:

«Tebas, la de las Siete Puertas, ¿quién la construyó?
En los libros figuran los nombres de los reyes.
¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra?...».

y que termina:

«... Federico II venció la Guerra de los Siete Años.

¿Quién la venció, además?
Una victoria en cada página.
¿Quién cocinaba los banquetes de la victoria?»

Un gran hombre cada diez años.
¿Quién pagaba sus gastos?
Una pregunta para cada historia».

Novelización y desmitificación

Ésas parecen ser el tipo de historias que los escolares mejor entienden y asimilan en las aulas, las que mejor se recuerdan. Claro que, frente a la historia comentada, criticada y contrastada por los especialistas, el creador de relatos literarios, coherente con sus particulares vivencias, comprometidos con su tiempo y su entorno, puede —¿o debe?—, al tratar de reflejar la historia, deformarla en cierto sentido; es decir, adaptarla a la ficción con el riesgo de caer en la mentira histórica.

Saramago, a través del copista de su *Historia del cerco de Lisboa*, lo hace intencionadamente en la novela de ese título: le basta añadir un *no* en la copia para cambiar los acontecimientos... Los ejemplos de novelización de la historia como éstos son abundantes. Y también abundan entre los libros y álbumes infantiles de antaño sin que escandalizaran en su tiempo. He aquí un par de muestras: *Aventuras de Juanillo*, de Carmen Martel, es un tendencioso relato ambientado en la Guerra Civil española (editado por la Librería Cervantes en 1941, lleva la fecha de mayo de 1938, II Año Triunfal) y nos relata la transformación de un niño, hijo de un republicano gaditano, que «ganado por el milagro del Movimiento Nacional Sindicalista a las sombras del rencor» —en palabras de su prologuista, Pilar Primo de Rivera—, se convertirá en un heroico flecha combatiendo del lado del bando vencedor:

«El sueño de Juanillo se está realizando... y él mismo ha conseguido su sueño de hacer "algo grande", de ser un héroe de verdad. Desde hace sólo pocos meses, el "flecha gaditano" es un soldado más, un soldado siempre dispuesto a ir a los lugares de mayor peligro, a jugarse la vida con la sonrisa en los labios y el nombre de Dios en el corazón... La suerte le ha sido propicia. En la camisa nueva, en la que guarda para lucirla por las calles gaditanas, cuando vaya con permiso, tiene bordadas, por manos de mujer, no sólo las rojas flechas, sino también una Laureada de San Fernando colectiva, que ganó allá por el Norte y una Medalla Militar, premio de su heroico comportamiento defendiendo una posición por tierras de Aragón».

El otro ejemplo es *Herrialde berdea* (*El pueblo verde*), editado supuestamente en Turín en 1974 y firmado bajo seudónimo, fue uno de los primeros álbumes infantiles en euskera de gran formato y en cuatricromía y se difundió clandestinamente. Se trata de un breve cuento infantil de marcado carácter político (va dedicado «a todos los niños de los pueblos oprimidos del mundo»), que nos sitúa al otro lado del anterior y en él se le dibuja al niño *euskaldun* un idílico paisaje donde reinaban la armonía y la paz hasta que un poderoso ejército lo invade y pinta del color del pueblo fronterizo: el amarillo del sol y de los trigales, asesinando, encarcelando o forzando al exilio a los disidentes.

Muestras de libros para niños y jóvenes como éstas nos colocan en la senda principal de la creación literaria. Y es que, como ocurre en otras manifestaciones humanas y como se ha señalado tantas veces, la obra de creación que un individuo proyecta en el grupo se asienta —o al menos participa tangencialmente— en la mitificación; esto es, crea ese mito que todo grupo necesita para constituirse como tal, el mito identitario. Habida cuenta de que el individuo, como el pueblo, se explica a sí mismo mirándose en el espejo de «los otros», desde los más remotos relatos épicos hasta el más ingenioso cuento infantil, pasando obligatoriamente por las leyendas y los cuentos tradicionales, la mayor parte de los relatos tienen como protagonista a un héroe que ha de enfrentarse a un enemigo, ya sea

bajo la forma de un dragón, un salvaje, una bruja, un bárbaro...; en definitiva, a un diferente (por más que cada cultura o época lo reconozca en un paradigma diferente) para, mediante el combate, restituir o solventar una carencia. Y es así como se reafirma el mito, se construyen otros nuevos o nos reconciliamos con nuestro virtual antagonista. Expresado de un modo genérico, ésta viene a ser, en esencia, la estructura del cuento tradicional, la misma que asoma, con sensibles o imperceptibles variantes, en la literatura moderna, y que permite al lector proyectarse en el protagonista, y que, en el caso de los más pequeños, está asociado a héroes como Superman, Indiana Jones, Bastián o Harry Potter, por mencionar algunos de los nombres que se han instalado en el espacio del héroe.

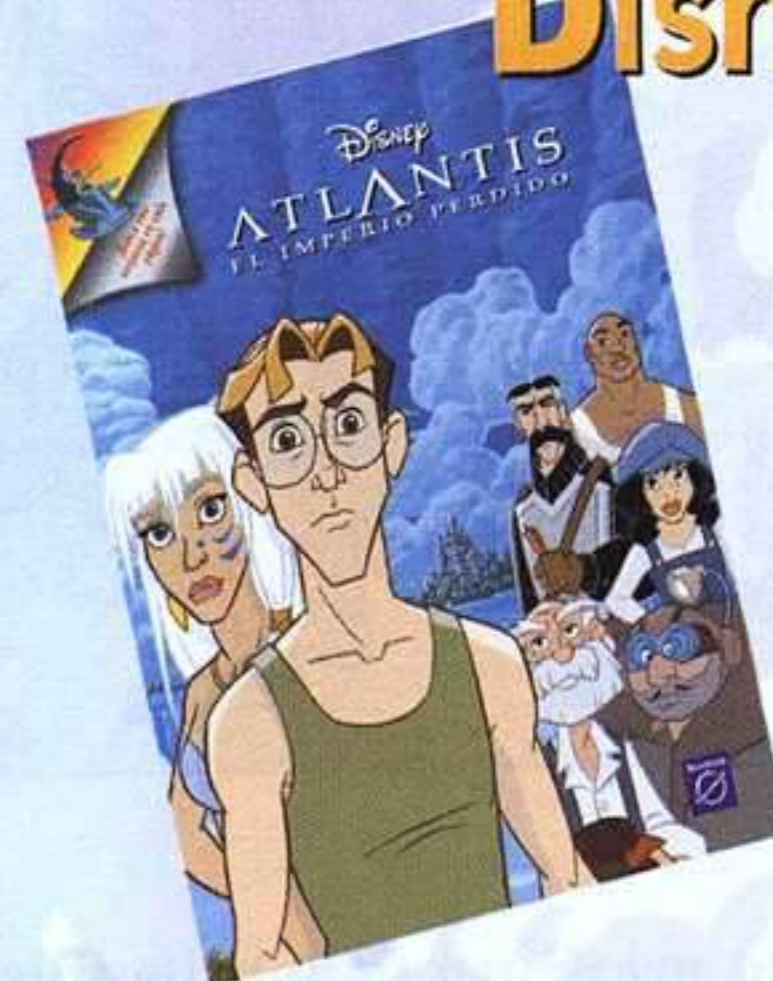
El profesor Josep Fontana, en su libro *Europa ante el espejo* (Crítica, 1994), analiza algunos de los espejos deformantes con los que la historia tradicional nos ha proyectado en Occidente la imagen del «otro» (bárbaros, herejes, judíos, salvajes...), al que hay que temer y combatir, pues supone una amenaza al «orden natural»: «Todas estas resistencias al orden establecido en los planos político, social, económico y religioso se nos muestran generalmente como anomalías en el curso normal de la historia».

Por eso, la historia se ha empeñado siempre en derrotar al otro mediante acciones o proclamas que esconden intereses egoístas, económicos, de poder, so pretexto de defender la religión o la lealtad monárquica. Así, la Inquisición, poder religioso en connivencia con el político, combatió febrilmente contra los cátaros, minoría herética cuyo mayor pecado era defender el retorno a la pobreza evangélica cuestionando con ello el poder material y feudal de la Iglesia oficial; o a los judíos, esa minoría que no podía controlar. Y sólo de vez en cuando, las manifestaciones populares, con sus fiestas y sus ritos jocosos, se atrevían a hacer burla a los grandes prejuicios históricos establecidos, degradando, mediante el juego y la parodia, a los estamentos elevados. Eso viene a ser la celebración de los Carnavales, que se han consentido a regañadientes como una chanza transgresora, pues nunca pervive el mito si no se ritualiza.

Álbumes Ilustrados



Novedades Disney



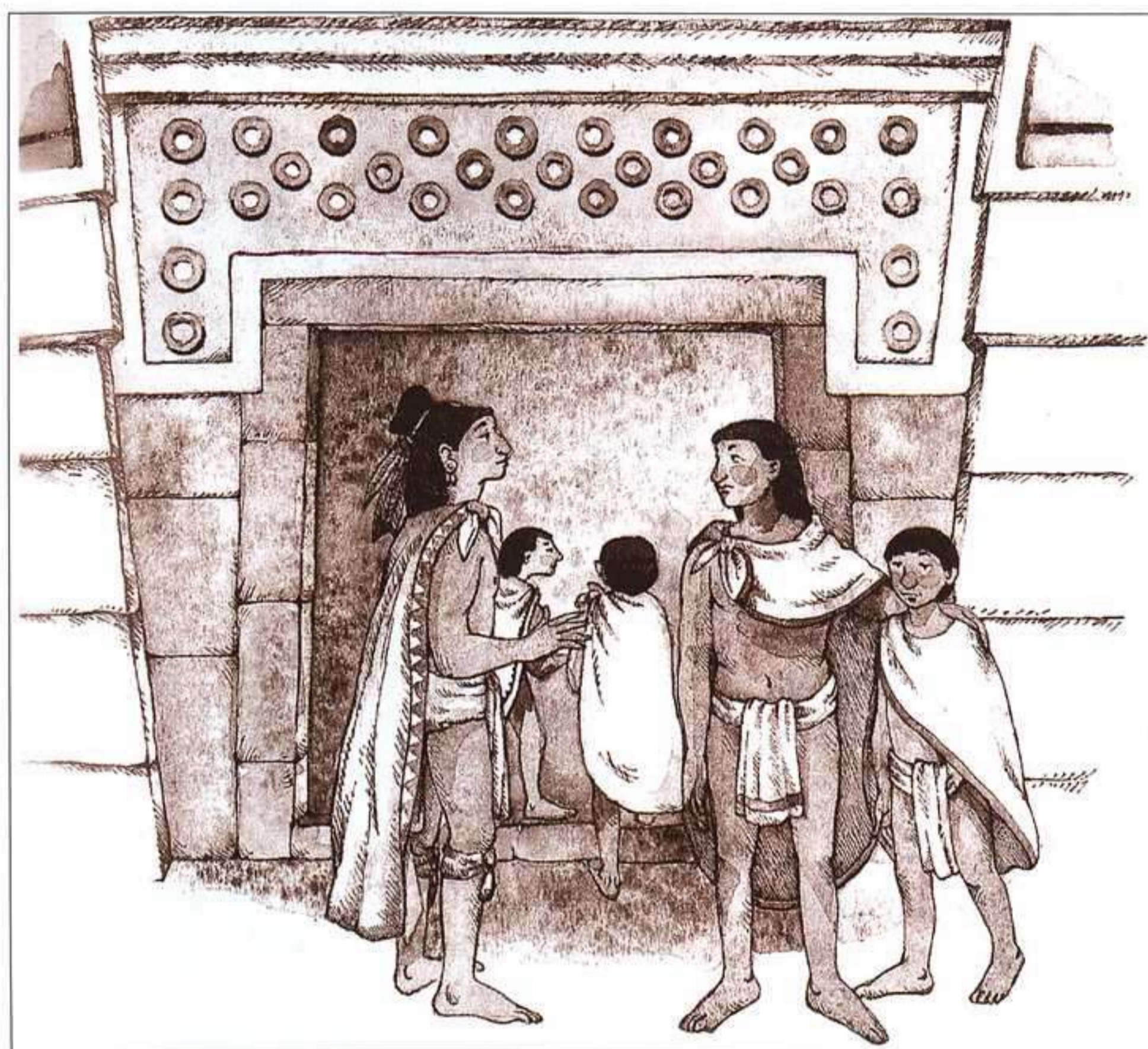
Busca y Toca



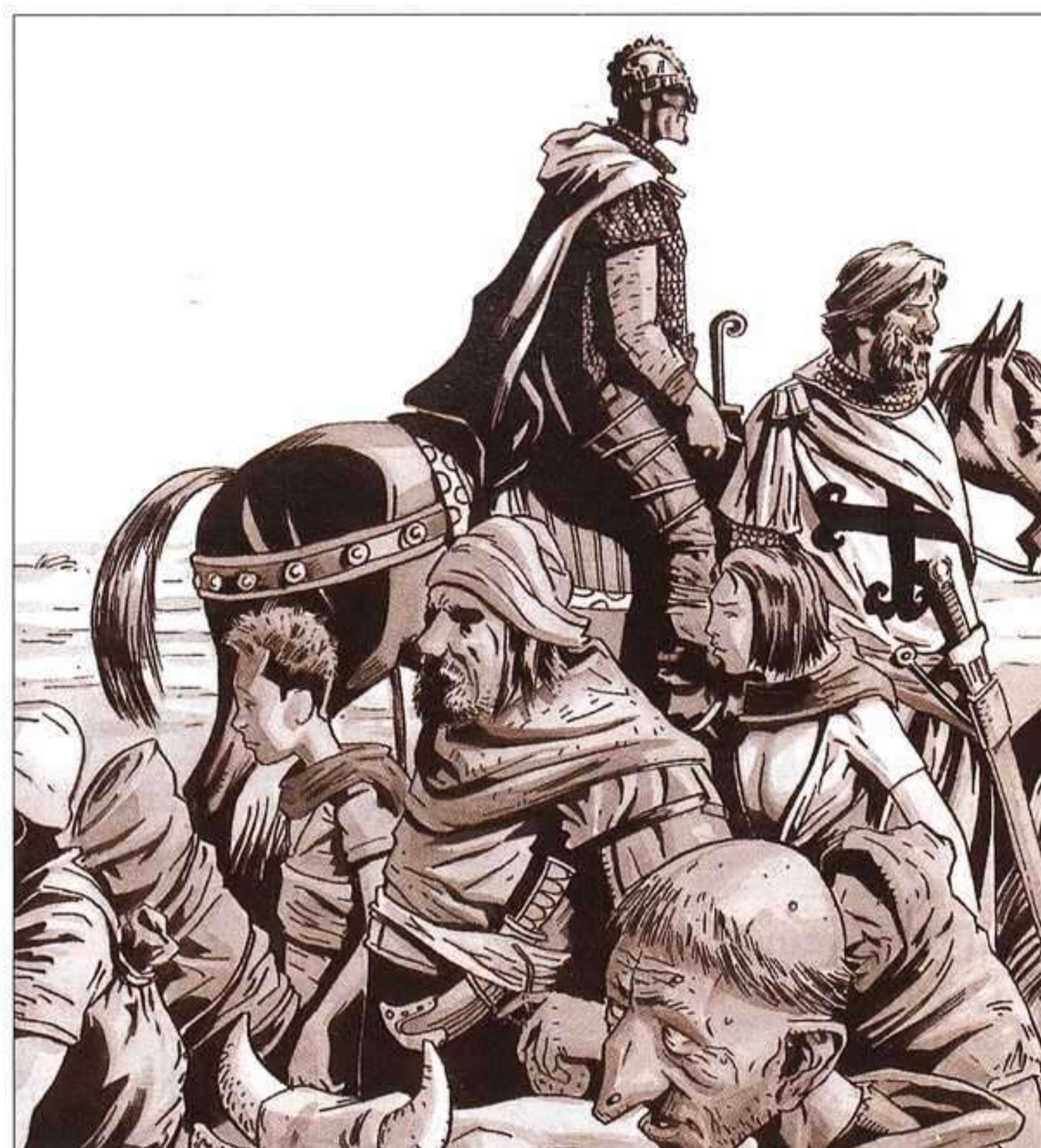
EDICIONES BEASCOA, S.A.
Pujades, 81, 08005 Barcelona.
Tel. 93 393 43 80. Fax 93 393 43 89.
e-mail: info@beascoa.com

Títulos publicados en castellano y catalán





MARINA SEOANE, MAYAS, AZTECAS, INCAS, CULTURAL DE EDICIONES, 1992.



RICARDO CORAZÓN DE LEÓN Y LAS CRUZADAS, ANAYA, 1997.

Y, junto a los juegos y ritos folclóricos, también el juego de la literatura se ha atrevido a desmitificar en ocasiones fenómenos y creencias, como las virtudes clericales o la idealizada caballería andante (El *Decamerón*, *Aucassin y Nicolette* o el mismo *Quijote* nos valen como muestra), mediante la inversión o la parodia de los modelos establecidos. Es probable que Goscigny creara a sus populares héroes galos como respuesta a la historia oficial de La Guerra de las Galias que había contado al mundo, a su manera, el propio César. Porque sólo mediante el pretexto de la fabulación se pueden cambiar, si no los hechos de la historia, sí al menos su versión. Y así, contra la idea establecida de la cruenta invasión musulmana asomaban las novelas moriscas; contra las ideas y manifiestos contrarreformistas, el *Lazarillo*; contra las perversiones y desigualdades del orden social establecido, los cuentos de hadas...

Adaptaciones, recreaciones o simplificaciones

Pero volvamos al tema de cómo contar la Historia. Existe acuñado en la lite-

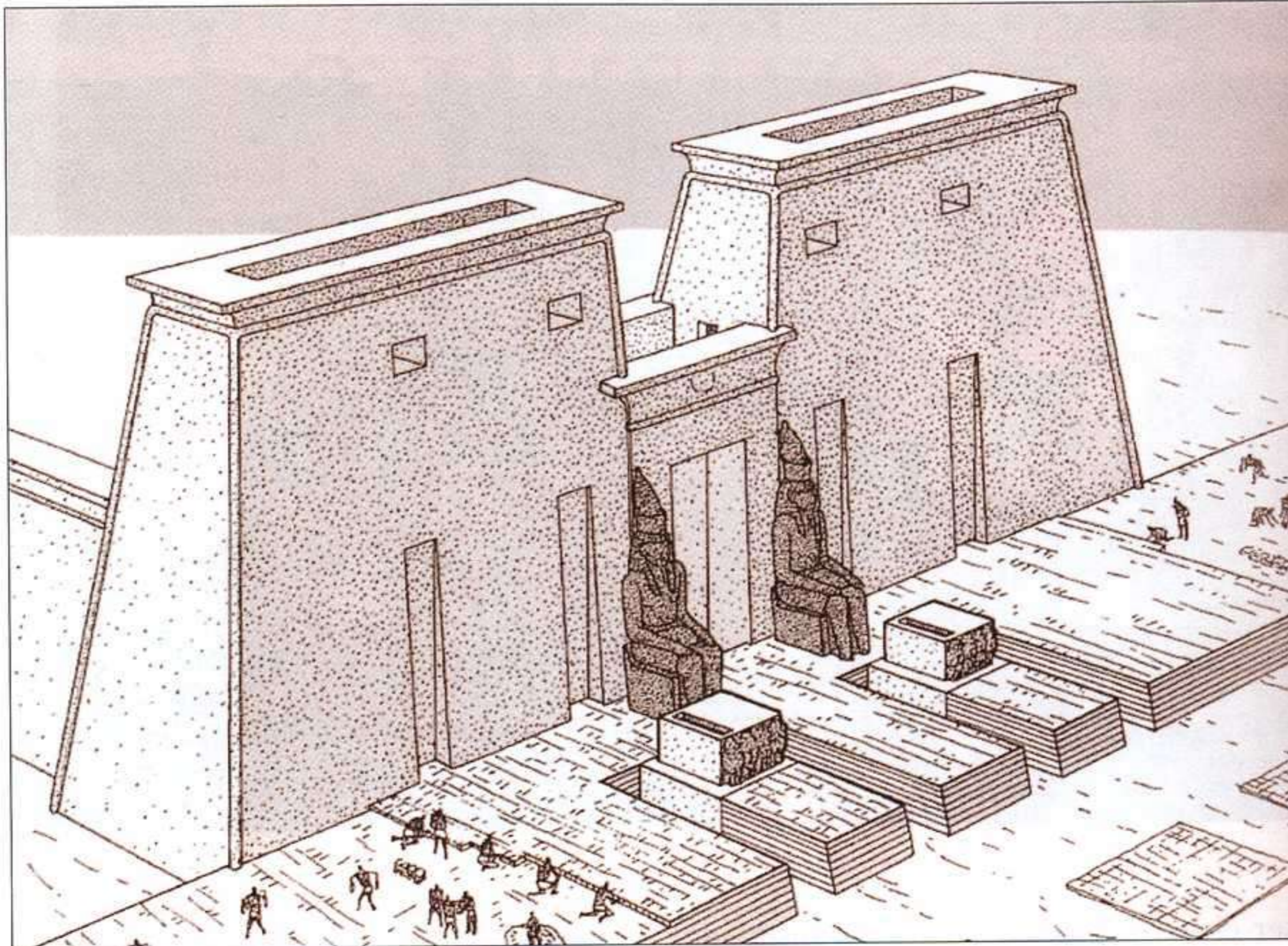
ratura el término de *novela histórica* como una modalidad narrativa en la que se combinan la fabulación y los hechos históricos, y que se logra mediante la creación de personajes que sirven de hilo conductor a los acontecimientos. Este género novelesco, que conoció su esplendor en el Romanticismo (Walter Scott, Victor Hugo, Alejandro Dumas y, en España, en la novelística de Gil y Carrasco, Galdós, Baroja, Valle-Inclán), ha seguido dando impresionantes muestras hasta nuestros días con obras como *Yo, Claudio*, de Robert Graves; *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar; *El manuscrito carmesí*, de Antonio Gala, o *El hereje*, de Miguel Delibes, las novelas de José Luis Corral o algunas de Arturo Pérez Reverte.

También, como no podía ser menos, la novela para jóvenes tiene hermosas muestras de recreación histórica en obras de Concha López Narváez, Lola Gándara, Emili Teixidor o Juan Farias, entre otros. Esta modalidad narrativa, cuando se dirige a los jóvenes, se suele presentar asociada a la aventura, a veces al misterio y, casi siempre, al viaje. Y puede decirse que, si el marco espacio-temporal se corresponde con la historia, la aventura pertenece al plano de lo ima-

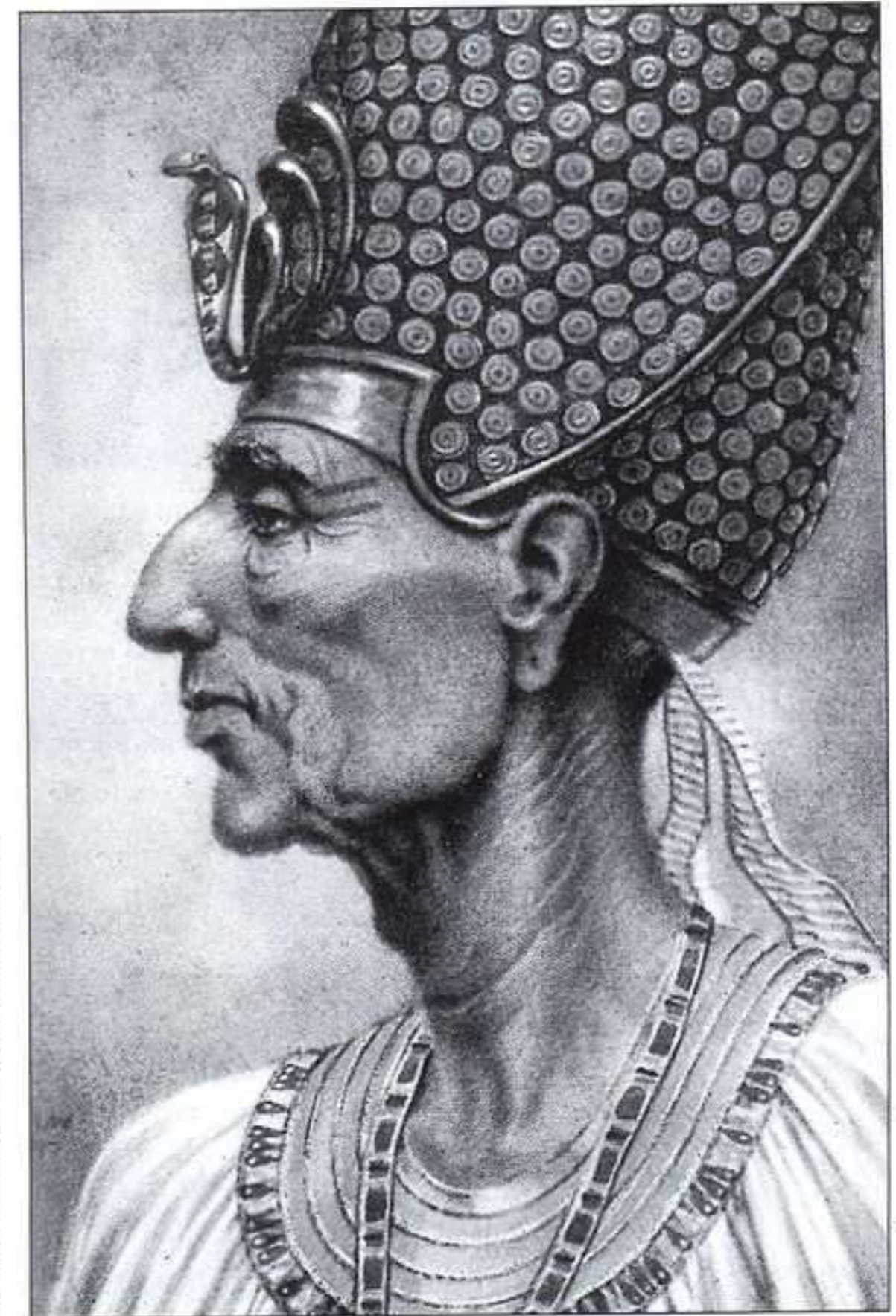
ginario y en él se sitúa a unos personajes —por lo general, de la edad del lector— en los que éste pueda reconocerse, como apuntábamos. Y ésa es, precisamente, una de las claves de la literatura infantil y juvenil: su adaptabilidad a situaciones y peripecias que interesan al lector; otra, claro está, es la adecuación del lenguaje.

Guárdate de los idus, de Lola Gándara, nos acerca a un mundo muy similar al que ya recreara Yourcenar, pero su peculiaridad, además de la linealidad y esquematismo de las situaciones, estriba en la presencia de dos jóvenes patricios como personajes más destacados.

Hay, entre otros muchos, un ejemplo reciente de novela con decorado histórico que nos muestra muy clara esta intencionada adecuación: *Piratas de tierra*, del canadiense Ian Lawrence (SM, 2000), que es una novela cargada de referencias históricas que nos traslada a las costas de Cornualles de finales del XVIII, para relatarnos las peripecias de dos adolescentes en medio de una comunidad de naufragadores; peripecias, escenarios y época que previamente había novelado Daphne de Maurier, en 1936, en su novela, popularizada luego por el cine, *La posada de Jamaica*. Contratar una y otra historia es descubrir las



RAMSÉS Y SU ÉPOCA, ANAYA, 1996.



RAMSÉS Y SU ÉPOCA, ANAYA, 1996.

peculiaridades de la llamada novela juvenil. Y aquí asoman y se entrecruzan conceptos de difusas lindes como *imitatio*, intertextualidad, adaptación..., muy próximos a la literatura que se concibe y difunde para el lector menudo, que en unos casos engrandecen el resultado y en otros lo desvirtúan. Y es que buena parte de la producción literaria destinada a niños y jóvenes son obras divulgativas —estuchadas como libros de conocimientos que se ofrecen en atractivas colecciones de contenido histórico: *Pueblos y Gentes* (Bruño), *Descubrimientos* (Debate), *La Vida en el Pasado* y *El Túnel del Tiempo* (Anaya), son sólo algunas—, recreaciones, adaptaciones o simplificaciones de grandes obras clásicas con la etiqueta *ad usum delphini*, más o menos visible detrás de profusas y coloristas imágenes (álbum o libro ilustrado) y con una intencionada simplificación lingüística (edición escolar, adaptación).

Detengámonos en uno de los grandes momentos de la historia, ése de los descubrimientos de otros continentes y culturas, ése con el que se inauguraba la Edad Moderna y en el que el europeo se vio a sí mismo moral e intelectualmente superior a «los otros», lo que justificó los genocidios, la esclavitud y el ímpetu

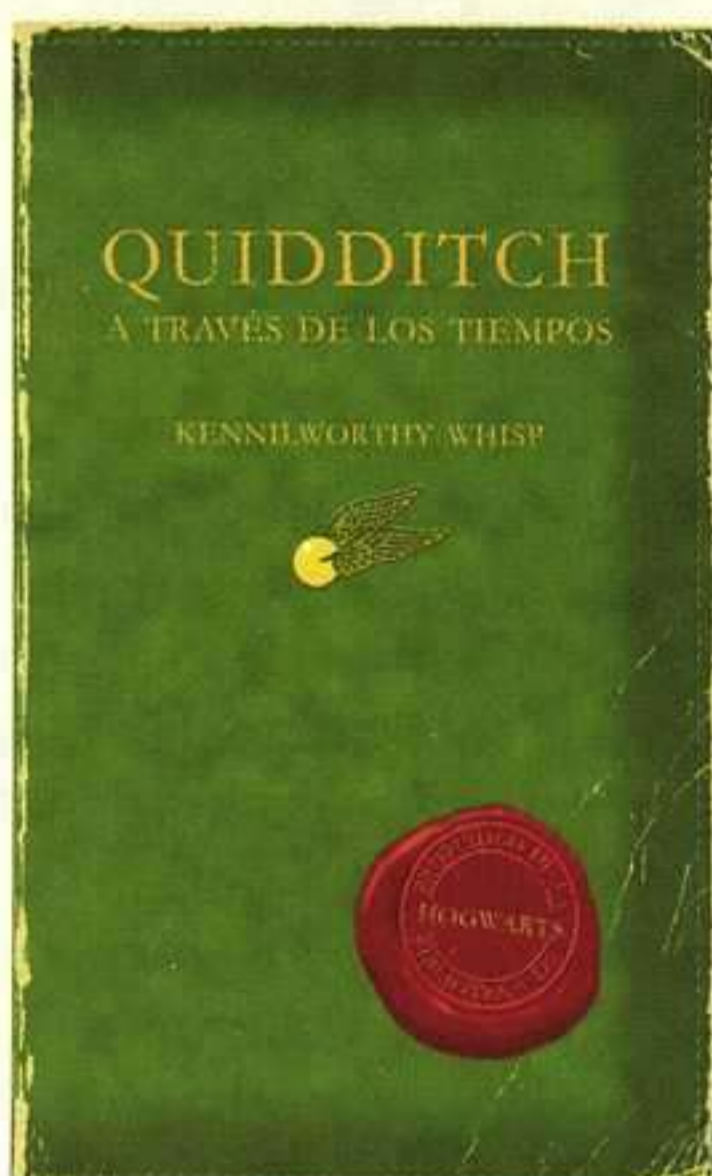
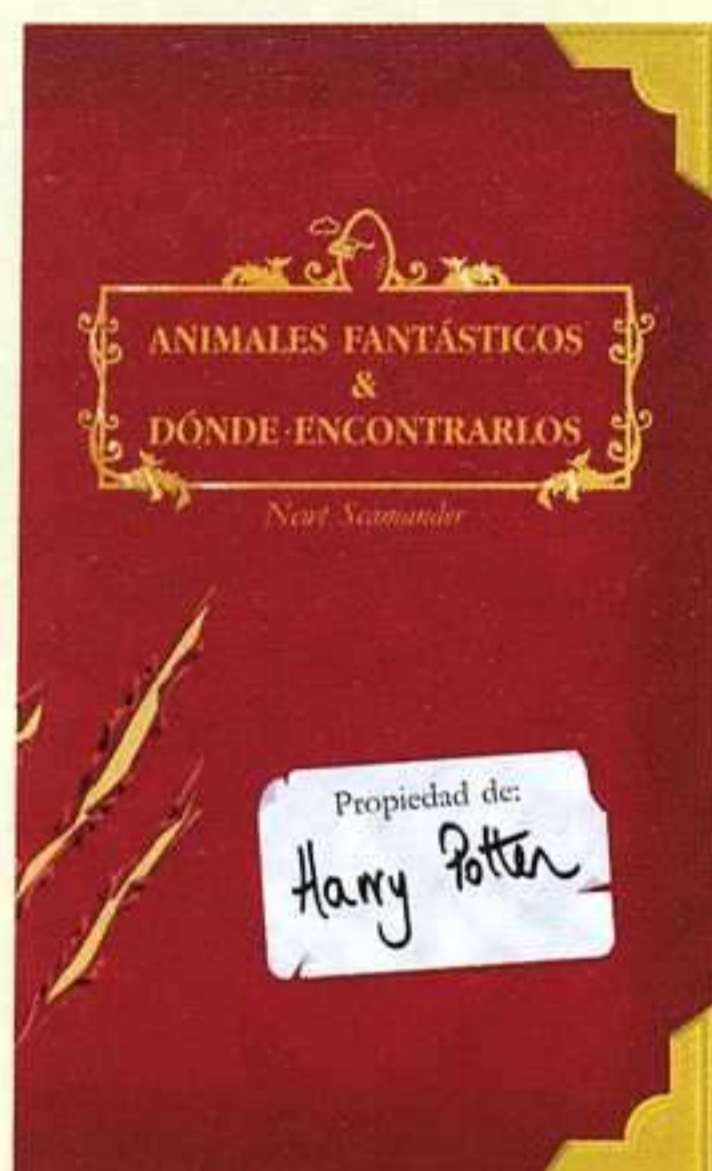
colonialista. Si la América española tuvo necesidad de esclavizar y *convertir* a los indios para obtener los metales preciosos de sus propios dominios, la del Norte combatió a los suyos porque impedían el avance de la civilización hacia el Oeste, a pesar de que en unos casos se alzaran voces de protesta, como la de fray Bartolomé de las Casas, y en otros se reverenciara la idealización del piel roja como expresión del «buen salvaje». Al correr del tiempo, una vez más va a ser en la fabulación literaria donde se intentará conciliar al lector con la historia creando, recuperando para él leyendas como la de *Pocahontas* o novelas como *La cabaña del tío Tom*.

A propósito del racismo, sin duda uno de los modernos temas recurrentes en los libros infantiles y juveniles actuales, la Historia con mayúsculas apenas lo menciona y lo condena en casos extremos de limpieza étnica como los del nazismo, el exterminio de indígenas en Brasil o la guerra de los Balcanes. Pareciera que el otro, el que permanece incrustado en la realidad cotidiana, envuelto en prejuicios y discriminaciones, sólo interesa para las historias pequeñas de las que venimos hablando. Pocas veces, desde la Pragmática de Medina del

Campo sellada por los Reyes Católicos, los gitanos han sido protagonistas de la historia. Y sí en cambio de esa literatura que hoy vocea la tolerancia. He aquí otro valor en alza, reflejado en los espejos de la moderna literatura para niños y jóvenes. *Romaníes (hombres libres)* (Anaya, 1988) y la serie de *Manuela* (Edebé, 1992, 1994 y 1995), ambas de Marta Osorio, y *Ostelina*, de Anna Garriga y Carme Giménez (La Galera, 1998), son algunas muestras.

A propósito de integración, volvamos al libro de Fontana al que antes aludíamos, pues mucho de lo que en él se dice viene que ni pintado para reflejar los desenfoques que la Historia nos proyecta y que, en buena medida, las pequeñas historias tratan de mostrarnos desde otras perspectivas, más limitadas tal vez, pero algo más honestas. Nos advierte el autor de que «cambiar la forma de ver y entender las cosas no va a ser fácil. No es probable que los guardianes de nuestra ciudadela toleren cambios que podrían exponerle a perder el control que tienen sobre las temidas masas plebeyas, de modo que es previsible que se defiendan hasta el final, reforzando la adhesión con el viejo expediente de dirigir el malestar hacia el enemigo, que hoy parece

Llegan dos nuevos libros de J. K. Rowling, autora de la famosa serie Harry Potter



El 80% del PVP de estos dos libros se destinará a proyectos de ayuda a los niños necesitados de los países más pobres del mundo por medio de la organización benéfica Comic Relief.

COMIC RELIEF™

www.comicrelief.com

 salamandra

COLABORACIONES



UN CASTILLO EN GUERRA, SM, 1998.

ser el extraeuropeo que se ha instalado en la ciudadela como inmigrante, o aspira a hacerlo, y que amenaza nuestra prosperidad con su intolerable pretensión de acceder a nuestro nivel de vida». Y, sin dejar su metáfora de la fortificación en que se ha convertido nuestro viejo mundo, añade unas líneas después: «Una de las pocas lecciones de la historia que parecen tener validez universal es que ninguna muralla protege permanentemente a una colectividad de los invasores que la amenazan, si no consigue establecer alguna forma de pacto con ellos».

Esta apreciación se nos antoja extrapolable a la literatura en general y a la destinada a niños y jóvenes en particular. Y es que, a lo largo de su corta existencia como modalidad literaria más o menos definida y asumida, la de los libros destinados a la infancia, mayoritariamente asentados en la contemporaneidad de los lectores, es decir, en su mundo de referencias vitales (la familia, la escuela, el barrio o su propio mundo interior) ha privado a sus destinatarios de determinados temas-tabú o de determinados enfoques de esos temas: el sexo, la muerte (la propia o del allegado), el conflicto político, las vivencias religiosas..., temas que sólo tímidamente afloran o se sugieren. Baste un ejemplo. De entre la profusión de novelas juveniles de corte realista, *El*

pueblo sombrío, de Lucía Baquedano (Edelvives, 2001), o *Txakurraren alaba* (*La hija del txakurra*), de Xavier Mendiguren (Elkarlanean, 2000), son dos de las pocas obras recientes que se acercan, cada cual a su modo, al llamado conflicto vasco. Y lo hacen de un modo discutible cuando no pacato.

Aunque no pertenezca al tema histórico, hay, entre los miles de libros infantiles, uno que merece mencionarse aquí. Se titula *Una pesadilla en mi armario*, de Mercer Mayer (Altea Benjamín, 1992), y su protagonista es un niño que cada noche está muerto de miedo al acostarse, hasta que un día decide enfrentarse a sus miedos, así que se acerca al armario, saca la pesadilla y la acuesta con él. Un libro que bien pudiera ser metáfora y cierre de lo que pretendemos decir. Que la realidad y los hechos cotidianos, como la Historia, están ahí. Que sólo hace falta acercarse a ellos y abordarlos de un modo natural y complaciente. Y que da la sensación de que las pequeñas historias se atreven a hacerlo mejor que la grande. Y que a veces lo logran, tal vez porque transmiten vivencias, sensaciones, como la manera de comer, vestir o divertirse, difíciles de fechar y de plasmar en cuadros sinópticos y mapas conceptuales. ■

*Seve Calleja es escritor y profesor.